

En la tarde del sábado de la semana anterior, fué repartido con profusión un manifiesto dirigido a los obreros y estudiantes por el Comité de la Juventud socialista local, del que prometimos ocuparnos. Si los firmantes fueran algunos de los conspicuos dirigentes del socialismo español o alguno de los arrivistas que por arte de encantamiento están elevados en las encumbradas poltronas de la política local y provincial, otra sería nuestra forma de contender y otras nuestras palabras. Pero admitimos sin titubeos la buena fé y nobleza que a los firmantes les lleva y en nuestra polémica no se saldría de los límites de la más rigurosa educación y del respeto más exigente a quienes en uso de un perfectísimo derecho no piensan de las ideas en general como nosotros ni ven el actual momento político social de España de la misma manera que nosotros lo vemos y como la realidad nos la presenta. A quitar esa venda que la inconsciencia y un exceso de confianza ha puesto en vuestros ojos, jóvenes socialistas, tiende el presente alegato; que la serenidad y la noble reflexión no vea en ello la sistemática diatriba ni una copiosa posición doctrinal.

La frase hecha, por lo general, impide en una gran mayoría de casos el juicio justo o aproximado de aquello que queremos presentar como verdad inconcusa, apareciendo el que tal frase aprovecha como un receptáculo lleno de vaciedades y simplezas que no resisten el más pequeño examen. Así ocurre cuando los jóvenes y viejos socialistas nos dicen que el socialismo avanza arrollador como única esperanza de solución a los grandes problemas que el mundo tiene planteados. ¿Que el socialismo avanza y es una solución a los problemas económicos que al mundo trastornan? Eso no puede decirse en serio. La realidad es lo contrario.

En el mundo se han dado pruebas de valor medio y máximo: la experiencia inglesa y la revolución alemana y la revolución rusa. En estas dos modalidades de actuación socialista tenemos un fracaso evidentesísimo del socialismo estatal. En Inglaterra la victoria electoral pone en manos de los socialistas la gobernación del vasto imperio inglés, que se ven asistidos por la enorme masa obrera organizada, pequeña burguesía y por el complejo engranaje burocrático. Su error primero consistió en no aprovechar la mayoría socialista para intentar una revolución política; antes, al contrario, los ministros socialistas se someten y cumplen con toda rigurosidad las ceremonias regias, esos actos rituales de una casta superior que se sostiene por los prejuicios y estupidez de un pueblo esclavo con pretensiones de creer que es libre. En la parte económica no hace nada que testimonie la actuación de un gobierno socialista; la aristocracia y burguesía emplea su actividad en hacer que el fracaso laborista sea mayúsculo; el paro obrero crece en proporciones alarmantes; a la política colonial, a la esclavitud de los pueblos por el imperio inglés no da la solución adecuada, la justa y racional; persigue, encarcela y mata como otro cualquier gobierno imperialista. No realiza, en una palabra, nada que signifique un cambio en la moral ni en el desenvolvimiento económico de un pueblo, y cómo un gobierno de turno, decepcionando a la clase proletaria y a los hombres de inquietudes humanas, sucumbió la experiencia socialista, experiencia que degeneró en traición de los dirigentes socialistas y su desplazamiento al campo del capitalismo. Unas elecciones celebradas después del estrepitoso fracaso los laboristas ven reducidos sus diputados a un número reducidísimo.

Alemania, la socialista Alemania, con sus cientos de diputados desde hace muchos años, al realizar su revolución política, la hegemonía socialista en los gobiernos es un hecho. En aquellos momentos graves de la revolución, el socialismo alemán no titubea al elegir entre una política de clase o de tipo burgués, y traicionando sus principios y desaprovechando la ocasión única que se le presentaba de hacer su revolución social, se une a la gran burguesía y militarismo, que en aquellos difíciles momentos no ven inconveniente en hacerse republicanos, y juntos asesinan a Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, que fieles a sus ideas luchaban entusiastamente por la revolución social. Y ya es toda una gama de traiciones la actuación de los socialistas, que están más atentos en colocar a sus incondicionales en la burocracia del Estado que a llevar a cabo ninguna transformación económica en el país. Su fuerza numérica va en decadencia, nutriendo las filas del extremismo reaccionario y del comunismo y llegando a la vergüenza de hacer pasar a un gran pueblo a manos del mediocre de Hitler que representa la tradición militarista y autocrática de Alemania.

UN MANIFIESTO Y UNA ACTUACION

Tampoco puede ser Rusia un ejemplo del avance socialista; es la prueba irrecusable de un fracaso enorme, del fracaso del Dios-Estado. Rusia no puede representar la igualdad económica mientras divida a sus ciudadanos en multiplicidad de jerarquías; no gobierna en Rusia el pueblo, es un grupo de hombres con apetencias de universalidad. Rusia sostiene el mayor ejército de guerra y quizá el mejor pertrechado; Rusia se manifiesta en Europa, cuando envía a sus representantes, con los mismos vicios y obra con los mismos prejuicios que los Estados abiertamente burgueses; sus vehementes deseos es concertar recíprocamente con todos los gobiernos del mundo tratados de comercio francamente burgueses; su tiranía no es que precisamente pueda arangonarse con cualquier gobierno europeo, sino que supera a éstos en terror.

No hay nada en Europa ni el mundo que nos haga ver que estamos ante un avance progresivo del socialismo político. Cuanto ha acaecido en la política mundial es una prueba palpable de la decepción causada en la clase trabajadora y en los hombres de ideas los ensayos de gobiernos socialistas. Somos convencidos de que ni los Estados burgueses ni socialistas tienen soluciones para el grave momento económico que pasan los pueblos. El progreso y complejidad de la vida social no halla en la organización estatal la amplitud necesaria para su desenvolvimiento ya que éste es absorbente y tiránico...

¿Será, acaso, la política del partido socialista español lo que a los jóvenes socialistas conqunense hace creer en el avance arrollador del socialismo? Si así fuera tendríamos que acusarles de miopía o de una inconsciencia tan grande que va a parecer hasta ofensiva. ¿Diríamos que han fracasado los socialistas en España? No podemos decirlo, pues la labor socialista es completamente nula. Más que a gobernar en socialista se han dedicado con todo impudor a multiplicarse los cargos los dirigentes más destacados. No encontramos en toda la obra legislativa nada que descuelle y sea un paso firme en el camino de las conquistas del proletariado. La legislación del Ministerio del Trabajo es una copia de legislación extranjera con espíritu más conservador. La actuación de ese ministerio es una actuación caciquil con vistas a impedir el desenvolvimiento de las organizaciones que no son afectas a la U. G. T.; es una actuación que, con el fin que dejamos apuntado, sirve de firmísimo sostén al Estado capitalista y de serio obstáculo en la marcha revolucionaria del proletariado español. La Ley del 8 de abril no puede concebirse sino por un espíritu contrarrevolucionario; esta ley fascista restringe tan enormemente la libertad sindical que casi hace imposible, no

ya la ofensiva contra la burguesía, sino la propia defensa de las organizaciones. Así lo ha reconocido todo hombre sensato y hasta las mismas organizaciones que mangonean los dirigentes socialistas. Prueba lo que decimos que esa ley no se cumple sino cuando un gobernador o el gobierno quiere responder con represalias a cualquier protesta, más o menos legal, de la clase trabajadora.

Y si este que es el Ministerio cumbre no ha hecho esa labor de avance social que estaba obligado, ¿qué han hecho los demás? En el Ministerio de Hacienda ha mangoneado el orondo Prieto y en sus traspies financieros no han logrado dar ninguna pauta nueva en la economía nacional ni ha sido mal trecha ninguna clase de privilegio; y el mismo éxito le acompaña en el actual ministerio de Obras Públicas que dirige, con la agravante de que aquí se ha puesto abiertamente al servicio de las grandes empresas, como ha ocurrido recientemente con los ferroviarios, y de los proyectos fastuosos, como ese vasto plan de lujo que proyecta sobre Madrid.

De entre toda la obra ministerial socialista había una que hubiera eclipsado los yerros de otras actuaciones: nos referimos a la Reforma agraria. No cabe mayor traición ni labor más funesta. El engaño a los campesinos es algo que traspasa los límites de la indignidad política. Ese embrollo legislativo, defendido con sus votos y con su intervención parlamentaria por los diputados socialistas, es la causa principal de la tragedia que se vive en el campo español y el origen de la gravedad del momento porque pasa el proletariado. Esa reforma agraria ha servido, no para emancipar de la gleba a unos millares de campesinos ni para desposeer al señorito labrador de lo que tan ignominiosamente defendía, sino para justificar y ampliar el complejo tinglado burocrático, donde se han colocado con pingües sueldos hasta a gente desconocedora en absoluto de los problemas agrícolas.

Han tenido que gobernar los socialistas para que las libertades individuales y el derecho de gentes haya descendido a su más mínima expresión; estamos en pleno desarrollo de la soplonería y del caciquismo más odioso. Los socialistas se oponen a la ley de incompatibilidades porque la mayoría de ellos están incursos en la duplicidad de cargos; sienten un ansia incontinente de burocratismo que les hace perder toda sensatez. Mientras impiden que modestos agentes de empresas y empleados puedan dedicarse a otras actividades que no sean las de su profesión, ellos con todo descaro se acumulan cargos remunerados espléndidamente. Son cómplices e instigadores de la bárbara represión que sufre el proletariado revolucionario de España; se han hecho solidarios con la monstruosidad cometida en Casas Viejas; protestan contra la guerra y votan después los créditos para organizarla; han protestado siempre por la cuantía de los gastos, policiales del ministerio de la Gobernación y ellos lo duplican con la compra de material represivo y creación de un cuerpo nuevo de asalto pródigamente pagado. Toda su actuación es una contradicción manifiesta de sus campañas y de su doctrina.

¿Será, acaso, lo que pruebe el avance socialista la lucida actuación de sus correligionarios representativos en la localidad? Tenemos la seguridad de que no y que la juventud socialista conqunense así lo cree. Esa representación tan poco recatada que no conserva ni las buenas formas, no puede servir de ejemplo para los jóvenes obreros y estudiantes; asoman demasiado la oreja de sus ambiciones y manifiestan sin tapujos su ineptitud. Sin ir más lejos, se dice del alcalde actual, que en su ansia de emanciparse del

trabajo, quiere dejar la vara para enchufarse en un empleo municipal, sea cual fuere, y para lo que cuenta con el apoyo de los elementos monárquicos; otra alta representación provincial y pequeña por su figura, saben también los firmantes del manifiesto que no es la más indicada para ponerla de ejemplo a los trabajadores del músculo y de la inteligencia... Y nada digamos del caciquismo desarrollado por el diputado mudo, al que según nuestras noticias hubieron de llamarle la atención en la agrupación a que pertenece por su proceder nada considerado con la citada entidad política.

No, el socialismo no avanza arrollador ni en España ni en el mundo; lo que avanza arrollador es la descomposición capitalista y el relajamiento del Estado. De nada le valdrán los podridos puntales de la política, aunque ésta sea socialista. Si vosotros, jóvenes socialistas, queréis de verdad una humanidad mejor y si de verdad queréis desterrar el crimen colectivo que es la guerra, no debéis ir con quienes engañan y traicionan a los que producen y a los que piensan, ni admitir en

vuestras colectividades jefes ni apóstoles que están más atentos a satisfacer sus propios egoísmos que a luchar por nada generoso. Si, como decís, y nosotros compartimos, el sistema capitalista está en franca descomposición, ¿por qué esgrimis el señuelo de la política y por qué colaboráis con los gobiernos burgueses? Si todos los esfuerzos serán inútiles, ¿por qué obstaculizáis la ofensiva revolucionaria y por qué consentís que diariamente vayan sumándose a los millones de parados miles y miles de aspirantes al hambre y la miseria más espantosa?

No es posible hablar así en serio, jóvenes socialistas: o vamos contra el capitalismo y el injusto orden social o nos ponemos a su servicio. Nada de ambigüedades ni de equilibrios. El ridículo pretexto de la burguesía y de los intelectuales al servicio de la misma sobre una gradual evolución no cabe en estos trágicos momentos. Los cien millones de seres humanos que diariamente luchan con el hambre nos dicen que la solución económica no podemos dejarla a una evolución gradual.

Vuestra posición y actuación no es de lucha de clases: o la negáis rotundamente como ha hecho Largo en el Parlamento o la admitís con todas sus consecuencias.

PICOTAZOS

¿Será verdad tanta falacia?

El Sr. Azaña, en un discurso reciente, dijo lo siguiente:

«Nos ha gustado siempre en estos asuntos un criterio de benignidad que muchos republicanos nos han reprochado; un criterio de benignidad y de clemencia del que estamos en el fondo orgullosos. ¿Qué más hemos podido hacer, señores! Que en los días críticos o en los días difíciles, cuando las pasiones encrespadas justificaban todo rigor, hemos podido tener el gesto soberanamente republicano y humanitario de ser clementes y de ostentar la clemencia como la mejor condecoración que el régimen puede dar a sus hombres y guardar su memoria por ella.»

«¿Humanitarismo? ¿Clemencia? ¿Dónde se han sentido humanitarios los gobernantes? ¿Cuándo tuvieron clemencia?»

«La tuvieron acaso para los pescadores de Pasajes, que pedían pan y recibieron plomo?»

«Para los hambrientos malagueños caídos en una mañana de sol?»

«Para los cuatro infelices asesinados en el parque de María Luisa?»

«Para los trabajadores muertos en Barcelona, Corral de Almaguer, Jerez y Epila?»

«Para las mujeres y niños heridos por la espalda en Arnedo y Navalmaral de la Mata?»

«Para los idealistas de Figols condenados a la muerte de la deportación?»

«Para los pobres campesinos de Casas Viejas ametrallados bárbaramente?»

Para ninguno tuvo el Gobierno clemencia, para ninguno de ellos sintió humanitarismo. Trescientos obreros han regado con su sangre el suelo de España. Y ninguna lágrima gubernamental cayó compasiva sobre ellos. Por encima de todas las muertes se alzó tan sólo el frío desolador del más negro impunismo.

¿Dónde la clemencia, el humanitarismo?

Recordemos. Hay un caso, un solo caso: Sanjurjo. Para el general traidor, para el hombre que olvida sus juramentos, para el militarote que pretende esclavizar a un pueblo libre, hubo clemencia, compasión, humanitarismo...

Es el único caso. Puede proclamarlo orgulloso el Sr. Azaña. Y colocar enfrente, como contraste, los cadáveres de trescientos campesinos, mineros, pescadores y obreros industriales destrozados por las balas del orden...

Sacrificándose por la idea

Nos aseguran con toda seriedad que la agrupación socialista ha dado el permiso consiguiente a su compañero el Sr. Emilio, actual alcalde de Cuenca, para que deje la concejalia y presidencia del concejo y solicite la plaza de conserje del matadero o capataz de limpiezas, cualquiera de las dos, pues consideran que el sacrificio del señor Emilio por las ideas socialistas es de tal magnitud, que no sería bien visto por los Cordero, Muño, Llopis, De Francisco, etc., el que un alcalde volviera a trabajar junto con los compañeros que dejara en la fábrica del señor Gascuña.

Nos dicen también que causó muy buen efecto en la referida agrupación el que los concejales monárquicos coadyuvan a esa justa emancipación del trabajo rudo de su camarada el Sr. Emilio.

¿Ah, pero son perros?

Ya, ya; ya huele a elecciones. Llevamos unos días en que los muertos hablan. Decimos muertos porque los suponíamos así a los partidos políticos de la localidad. Un día son los socialistas los que con el pretexto de un nombramiento y considerando atropellado un compinche suyo—hasta ayer comunista (y a propósito, Martínez, ¿les has repetido a tus hoy compañeros de agrupación los epítetos que les endilgabas en otros tiempos en tus peroratas de café? ¡Cuidado que los ponías...!)—se salen con un *manifiesto* amenazador que hizo reír a toda persona sensata que tiene sobre los hombros una cabeza. Nos consta que el Sr. Campoamor lo ha leído en varias ocasiones en que se encontraba atacado de hipocondría aguda y le ha dado resultados maravillosos. Pues bien, surge, cómo no, la respuesta larga y meditada de los continuadores de la unión patriótica, vulgo radicales, y un señor del Comité hace una revelación sensacional: Que los socialistas cabalgan y oyen los ladridos de los radicales, y los radicales, cabalgando también, oyen los ladridos de los socialistas.

Como esto es una mutua acusación de perros, nosotros, ante esta nueva especie canina y en nuestro deseo de velar por el vecindario, damos la voz de alerta para impedir algún grave mal.

¿Señor Emilio, ilustre alcalde de Cuenca, la morcilla pronto para extinguir a esos canes!